

Está rugiendo otra vez



*Patricia Nasello*



Quarks  
Ediciones Digitales





**Está rugiendo otra vez**

*Serie*  
***Ciudadano mínimo***  
**3**

# Está rugiendo otra vez

Patricia Nasello



*Está rugiendo otra vez*

Serie: *Ciudadano mínimo* Nro. 3

Primera edición digital: marzo de 2021

© Patricia Nasello, 2021

© Vásquez Guevara Corporación Editorial E.I.R.L., 2021

para su sello Quarks Ediciones Digitales

RUC 20607237248

Corbacho 383, Urb. Santa Luzmila.

Lima 15314, Perú

Telef. +51977384130

E-mail: [quarks.edicionesdigitales@gmail.com](mailto:quarks.edicionesdigitales@gmail.com)

Web: <http://quarksedicionesdigitales.wordpress.com>

Diseño de portada: Antonio Paz Fernández

Detalle de portada: [freepik.es](http://freepik.es)

Diagramación: Unidad de diseño

Hecho el Depósito Legal en la

Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-03275

Libro electrónico disponible en:

<https://quarksedicionesdigitales.wordpress.com>

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin el permiso por escrito de los autores y/o de la editorial.

Todos los derechos reservados.

*Para mis amados:*  
*Mario, Nilda*  
*Adolfo*  
*Evangelina, Javier*  
*Mario, Alejandro, Victoria, Paula y Lila*





## **La caricia**

Quizá se debió a un ansia inconsciente de elevarme hasta encontrarte, o a un efecto de la desesperación; el caso es que comencé a volar.

Sostener mi cuerpo en el aire, orientarme según los vientos, descubrir en las alturas un presagio de tormenta, fue un aprendizaje arduo, un proceso peligroso que ocupó mi tiempo y dio sentido a mi vida.

En las montañas la vista es maravillosa y el silencio casi perfecto. Los cóndores ya no recelan mi presencia, sin embargo bajo a diario al llano. Visito el camposanto. Recorro con mis yemas las letras de tu nombre.

## **Envidia**

Se mira en un trozo de espejo que los enanos tienen colgado en el cuartocho. Está flaca, ojerosa.

—Exceso de trabajo —murmura para sí con rabia.

En la foto del periódico, su madre, espléndida: el dinero de la corona paga las cirugías que mantienen esa juventud ficticia que ella ahora observa mientras siente que se ahoga en una sustancia helada, pegajosa.

No perderá sus mejores años escondida en un bosque trabajando como criada para siete tacaños.

—Inoculá tu veneno en esta manzana —ordena. La serpiente obedece, no se arriesga a sufrir las consecuencias terribles que podría acarrearle otro problema con una mujer.

Coloca el fruto envenenado en una canastilla y acude a palacio.

## **Otra bestia predecible**

El ocekara es tuyo porque surgió de tu mente. Sin embargo, no se trata de un fantasma: la criatura es real. Y ese atractivo felino con el que te seduce, una trampa. Cierta noche, una noche que su zarpa ya fijó con una muesca de sangre en el calendario; el departamento en el que transcurren tus días, será jungla. Él abrazará tu cintura con su cola y saltará elevándote entre las ramas olorosas a flores tropicales. Su corazón latirá en tus labios y en tu gozo crearás, por una vez en la vida, contemplar el mundo desde su punto más alto.

Pero el mundo se nublará para tus ojos y... no llores. Deberías considerarte bendecida, otros padecen una muerte violenta sin haber disfrutado antes.

## Montería

Nuestra tragedia comenzó tres meses atrás, el día del santo patrono, cuando las jaurías aumentaron su ferocidad. Antes sólo debíamos cuidar a los niños, dejarlos en la calle sin custodia era exponerlos a una amenaza fatal, pero ahora sólo los adultos jóvenes y sanos pueden aventurarse fuera de sus hogares, en grupo y armados. Llevamos noventa y cuatro días de un espanto al que nadie sabe cómo nombrar.

Nuestras bajas son numerosas, tanto por enfrentamiento directo como por el colapso del sistema: es difícil conseguir remedios y pronto comenzará a matarnos el hambre. Nosotros también matamos, pero allí donde cae uno de ellos, parece que dos, cinco, diez, brotarán en su lugar.

Los más viejos afirman que hubo un tiempo en que las dos especies convivimos en paz. Flaco consuelo nos ofrece el conocimiento.

Este sitio nos ha debilitado hasta ponernos al borde del exterminio. El enemigo, cada vez más numeroso, patrulla nuestras calles sin descanso.

*Está rugiendo otra vez*

### **Cuarto menguante**

Él y la luna discuten. Enfurecido, hierde con su puño ese cuerpo redondo que de pronto detesta.

Durante días la ve sangrar blancura, reducirse.

—Va a morir —piensa complacido

—Va a morir —piensa la luna, que ahora es una garra.

## Encuentro con el jefe de los lobos

Por completar unas planillas se me ha hecho tarde. ¡Absurda imprudencia!

Me paro de un salto. Los papeles quedan como están. La lapicera en el suelo. No importa. Tomo el abrigo y la cartera. Salgo de la oficina. Forcejeo con la cerradura, el apuro entorpece mis manos, finalmente logro poner llave. Fingiendo tranquilidad comienzo a caminar. Me separan cinco cuadras del edificio donde vivo.

No los veo, pero sé que están ahí, al acecho.

Silencio. El hedor atraviesa la noche. Huelen a carroña.

El aire frío me lastima la cara. Ciño el sobretodo al cuerpo. Levanto las solapas. Apuro el paso.

Mis tacos retumban contra el asfalto. Todavía restan dos cuadras.

—Debería estar acostumbrada —pienso. Cuando cae el sol, las calles son de ellos. La Autoridad es impotente para controlarlos. ¿Desde cuándo es así? No lo recuerdo. Desde ayer, desde hace un mes. Quizá llevemos así veinte años.

Comienza a lloviznar. Hay un farol en la esquina, las gotas brillan contra su luz. Debajo, una joven. Paso a su lado. Minifalda de cuero, botas altas, labios rojos.

Me sorprende su presencia. Debemos ser las dos únicas personas que están fuera a estas horas, supongo.

Supongo mal. Un auto se acerca, para y la levanta. La Autoridad está al volante. La chica señala con la cabeza al conductor y grita a través de la ventanilla: “Los lobos no tienen la culpa, cumplen órdenes”.

El coche se aleja.

No entendí el mensaje, no quiero entenderlo.

*Está rugiendo otra vez*

—Basta —digo—. Si sobrevivo a esta noche, mañana mismo abandono la ciudad.



## **Retrato de mujer con dragón**

Según dicen, fue él quien destruyó los cultivos. Ella cree lo que dicen y estima, por lo tanto, que urge detenerlo. Se protege con una cota de malla que alguien le acerca y toma la lanza que perteneciera a su padre. Lo encuentra solo, vistiendo harapos, rodeado por la ceniza que su locura incendiaria ha provocado (siglos después, el pintor evocará la escena retratando a una guerrera que, lanza en ristre, observa a un dragón como si con su sola presencia pudiese dominarlo; los versos del poeta, en cambio, hablarán de sus dudas, de su íntimo deseo de haber perdido la huella o disuadir por la palabra). Parece haber adelgazado en los últimos meses y la mira con aquella vieja furia de él, tan vieja que olvidó su origen. Con furia y, justo es reconocerlo, con el mismo amor de siempre.

La ponzoña del desconsuelo apura la mano.

Por unos momentos él permanece de pie, dos lagos quietos los ojos, sin darse cuenta que ha muerto. Algo habrá leído ella en el espejo de esos ojos y algo de barco que se hunde ocurre luego porque siente que naufraga dentro de sí misma y el cuerpo del hombre, sobre la tierra calcinada, se diría un madero flotando a la deriva.

Sol y lluvias mediante, el pueblo siembra y cosecha el algodón con el cual comenzará a bordarse la leyenda.

## **Cierre de temporada**

La maté porque era mujer, y le recuerdo que incluso los niños practicaban tiro con ellas porque se consideraban plaga. Sí, sí leí en el diario que cambió la ley. Pero igual quiero que anote: pago la multa bajo protesta. No me creo eso de que ahora, de repente, resulta que escasean.

## **Piedra y nido**

En el último carromato de la caravana viajan las noticias. No hay jerarquía entre ellas, el nacimiento de la primera hija de los Carranza no tiene por qué ser más importante que la cabra perdida del viejo Miller. La gente sabe que se nace para morir y que en un mundo finito lo perdido vuelve a encontrarse, así que ningún pueblo las recibe con el trato debido a un huésped de honor. Resentidas, se aíslan hasta acabar petrificándose. La cordillera, en proceso de cambio continuo por esta causa, obliga a la caravana a girar por senderos cada vez más peligrosos y murmura lo que a nadie interesa oír.

Tanto acopio de información a veces provoca explosiones, entonces las montañas develan a gritos aquello que las engendró. En momentos de crisis como éstos, la caravana se detiene y los pasajeros buscan refugio. Bajo los árboles están a salvo. Las hojas hacen de filtro protector quitando, de aquella furia que gravita sobre ellos, las palabras que causan daño.

Capado el temporal, unas pocas frases quedan sueltas repitiéndose como un mantra. Provocan la ilusión de escuchar agua en movimiento, como un río que corriese encajonado entre una pared de cuarzo y otra de malaquita.

## **Enemigos**

Atraviesan una espada en su vientre, el herido se arrastra, lo miran reptar.

Uno de ellos se impacienta, alza el arma.

—Todavía no —protestan los otros—, que sufra un rato más nos debe demasiadas.

El tiro es certero y la muerte instantánea.

Quien disparó hace bromas procaces y ríe históricamente. Sus carcajadas se pierden bajo el ruido escandaloso que provocan los otros victimarios que ahora luchan entre sí, todos creen tener preeminencia para hurgar dentro del cadáver.

Muerto el hombre lobo, no es de extrañar que se maten entre ellos por una bala de plata.

## La herida

Cuando el tío amaneció acuchillado en el callejón del otro barrio, nadie se sorprendió.

—Algún usurero se habrá cansado de esperarlo —decían.

—Por fin mi hija va a levantar cabeza —replicaba el abuelo.

La tía, pobre, se quedó con la cabeza gacha porque en cuanto volvimos del entierro, comenzó a vomitar apuestas, billetes de lotería, barajas, dados. El abuelo se asustó.

—En cuanto se saque toda esa porquería de encima estará bien —lo tranquilizaron.

Se equivocaban porque después, entre arcadas cada vez más dolorosas, despedía besos, cartas de amor, jazmines. Se puso muy flaquita. Y débil, apenas se le escuchaba la voz.

Ahora ya no habla y la última vez que fui al baño, salía ella tapándose la boca con un pañuelo. Lo escondió dentro del puño. Quiso disimular pero yo lo había visto: estaba lleno de sangre.

## **Los motivos del hijo**

En cuanto se ocultaba el sol salíamos de cacería. Las mujeres son bestias tan previsibles que siempre cobrábamos alguna por ronda, así que hasta ahí todo iba bien. Mi problema comenzaba apenas regresábamos cuando mi padre, todavía ahíto de sangre, se ponía a porfiar a los gritos, “los vampiros somos buenos poetas”.

Sus versos abordaban cualquier tema, el atardecer, las calles, los vestidos de las chicas. Versos con los que ostentaba recitándolos en voz alta y encima, aludiendo a ese supuesto plus genético derivado de nuestras costumbres del que sólo él tenía noticias, pretendía que yo también escribiese.

Nunca pude. La definición de las cosas no coordina con mi pensamiento. Por ejemplo, eso que los otros llaman calle, yo lo nombro huida, grito dilatado. O sea que para que pudiesen entenderme primero tendría que escribir un diccionario. En ese diccionario las palabras no estarían ordenadas alfabéticamente sino por secuencias lógicas, antes de grito, seducción; después de grito, agonía, después nada. Definición de nada: lo que permanece debajo del vestido.

Si mi padre pudo darse el lujo de versear fue sólo porque su visión del mundo coincidió con el mundo y no como él creía, no existe ninguna relación entre la sangre derramada y la literatura.

## Lo que quieras

Yo estaba de pie, él de rodillas. Sus manos en las mías, su mirada en mis ojos.

—Te amo —me dijo—, y te lo voy a demostrar. Pedime lo que quieras: una rosa de oro, una estrella de mar. Una estrella del cielo.

—Con un canario me conformo —contesté riéndome.

—Lo consigo y vuelvo.

Volvió rápido. Cansado. Tierno como siempre.

Arrastraba una jaula enorme.

—¿Y el canario? —pregunté.

—Decidí que ningún pájaro podría compararse con vos, mi amor, que cantás como un ángel —respondió.

Me emocionó saber cuánto valoraba mi voz.

Avancé unos pasos. Me paré dentro del círculo de rejas.

Él cerró la puerta.

## **Crónica del mundo destruido**

*A Ray Bradbury*

Un solo encuentro y todo aquello que nadie se habría atrevido a recordar en voz alta, todo aquello que no creían recordar, quedaba dicho por el donante de información y comprendido y archivado por el receptor. Tal habilidad, compartir conocimientos prohibidos a través del contacto sexual, fue desarrollada varios años después de que destruyéramos todos sus libros y cualquier otra fuente de almacenamiento de datos. Aplicado nuestro sistema de limpieza intelectual, los vencidos demoraron tres generaciones en desarrollar este escatológico modo de recuperar lo limpiado. Motivo por el cual el contagio, al comienzo, fue lento: sólo los viejos sabían. Cuando el número de infectados jóvenes se hizo relevante, la enfermedad fue epidemia ya que, en su manía perversa, incapaces de esperar a que los niños maduraran sexualmente, comenzaron a instruirlos en la lectoescritura sobre arena o barro con palos, ramas o pequeñas rocas. Secretamente, eso creían, comenzaron a hablar con veneración de una tal Eva, lejana madre en común quien, de acuerdo a los registros que obran en nuestro poder, perdió el irreprochable mundo que habitaba por esa ansia de conocimiento que, dignos hijos de tal madre, a todos consumía. Cuando el descaro de su rebeldía los llevó a murmurar la palabra Eva como contraseña entre los iniciados, tomamos nuestra decisión. Dado el incomprensible y repugnante apego al estudio que demostraban, resultó paradójico comprobar que, los hijos de la tal Eva, no habían asimilado la lección.



## Voraz

Una mañana mi esposa cocinó empanadas santiagueñas —esas dulces, que no me gustan— yo las tomé y las arrojé al pozo. En el patio de mi casa siempre hubo un pozo.

Alguna vez pensé que debía rellenarlo, creo.

La noche que ella se fue ahí mismo tiré las fotos del casamiento. Más un par de sacos apolillados y varias partituras de Ravel.

Esa misma noche, lo oí rugir por primera vez. Era un sonido cavernoso.

—Exige comida —pensé.

Al principio importó poco gasto. Se conformaba con las sobras. Huesos, restos de guiso. Cartas viejas, sillas fuera de uso. Pero a medida que pasó el tiempo sus demandas no tuvieron límite.

Por atenderlo dejé de dictar clases de música, de tocar en la banda. Dejé de componer.

El piano fue su última víctima.

Mis pasos retumban en las habitaciones vacías.

Está rugiendo otra vez.

## Índice

La caricia.....	9
Envidia.....	10
Otra bestia predecible.....	11
Montería.....	12
Cuarto menguante.....	13
Encuentro con el jefe de los lobos.....	14
Retrato de mujer con dragón.....	16
Cierre de temporada.....	17
Piedra y nido.....	18
Enemigos.....	19
La herida.....	20
Los motivos del hijo.....	21
Lo que quieras.....	22
Crónica del mundo destruido.....	23
Voraz.....	24

Esta edición digital de *Está rugiendo otra vez*,  
de Patricia Nasello, se terminó de  
diagramar en Lima – Perú,  
en marzo de 2021.

**Patricia Nasello**  
(Argentina, 1959)

Magíster en Escritura Creativa en la Universidad de Salamanca y Contadora Pública por la Universidad Nacional de Córdoba. Sus textos han sido publicados en antologías, periódicos y revistas culturales en Argentina, México, España, Perú, Rumania, Venezuela y Bolivia. Trabajos suyos han sido traducidos al francés, italiano, rumano e inglés. Coordina talleres de creación literaria. Desde 2014, administra *Piedra y nido*, antología digital de minificción (más de 200 escritores publicados de 23 países). Miembro de *Brevilla, revista digital de minificción*. Publicó los libros de microrrelatos *Qué buen disfraz de leona* (2019), *Una mujer vuelta al revés* (2017), *Nosotros somos eternos* (2016) y *El manuscrito* (2001) y la micronovela *Acabemos con ellos de una vez* (2019).



Quarks  
Ediciones Digitales